

Fragmento del capítulo 2º.

Era una noche estrellada. En el belvedere, Lucía se sentía más próxima al cielo. Las buganvillas trepaban hacia la cúpula rematada de azulejos diminutos y en la noche viva, los dragoncillos se asomaban a la luz escalando la pared blanca, buscando una presa fácil que llegaría volando. Todo debía atraparse al vuelo. Los objetos apenas eran sombras a aquella hora, y los pensamientos tenían la complejidad de un tejido elástico; cruzaban el espacio y su estela invisible se perdía en la inmensidad de la noche, pero de vez en cuando alguien captaba esa energía como si fuera un punto luminoso y penetraba en el espíritu que hizo brotar la chispa. Durante ese breve lapso de tiempo, las identidades se confundían, algo se extinguía y algo se creaba. La comunión era perfecta, hasta que un soplo repentino de lucidez deshacía el encanto.

Entonces sólo se escuchaba el estridente canto de un grillo escondido en el césped. O a la enfermera que se había retirado temprano y ahora hablaba por teléfono. En ocasiones se veía el resplandor fugaz de una luciérnaga y de pronto este leve destello desaparecía, y aquella parte del jardín era un ocaso.

La ventana del cuarto de Felisa estaba abierta, y el murmullo de la conversación telefónica que mantenía les llegaba a intervalos. De repente paraba de hablar y los contemplaba. A su vez, ellos miraban a la ventana, extrañados de no oírla, y entonces caían en la cuenta de que los estaba observando. Sigilosa, precavida, desaparecía después tras las cortinas.

- Me alegro de que haya encontrado ese desahogo- decía don Augusto, refiriéndose al teléfono- Así mañana me dejará más tranquilo.

- Esa mujer es tan obsesiva, se toma su trabajo tan en serio- se quejó Lucía.

- Es su tarea. Cuanto mejor la cumpla, más le durará – contestó don Augusto- Pero centrémonos en otras cosas –Tamborileó los dedos en la mesa con estruendo, como si aquel ruido fuera el prelude de un anuncio importante- Estoy pensando en poner una queja mañana mismo en el Ayuntamiento por el mal estado del parque público que tenemos aquí al lado.

Su hijo le lanzó una mirada significativa de desdén y se preparó con resignación a escucharle en su siguiente desvarío.

- Los parques se han convertido en letrinas para los perros. Y no estoy dispuesto a pasar todo el verano soportando esa inmundicia.

Lucía le observaba divertida. Adivinaba una velada diferente, dominada por una faceta del magistrado desconocida hasta entonces por ella. ¡Menuda noche les esperaba! Don Augusto tenía la boca un poco torcida y en su cara había una expresión de remota felicidad pero, en el momento siguiente, parecía Napoleón confinado en su prisión de la isla de santa Elena.

- El grillo ha parado de cantar- dijo Lucía, para crear una sucesión de tiempo.

El magistrado clavaba en ella sus ojillos chispeantes.

- Por cierto: ¿A que no sabes si los grillos cantan porque están alegres o porque están tristes?

- Tendrán sus momentos bajos y sus momentos altos, igual que Felisa- dijo Lucía, señalando en dirección a la ventana de la enfermera.

- Buena ocurrencia, sí señorita. Veo que has captado la esencia de las cosas- dijo mientras trasegaba licor con la constancia y la habilidad de un bebedor veterano. Por cierto, ¿puedes servirme otro whisky, por favor?- se dirigió a su hijo- Lucía sólo sirve licores buenos como este maravilloso elixir con el que me siento un blandengue, feliz e idiotizado. Eso sí, lo sirve con gran salero y amor.

Hubo una pausa incómoda y un tremendo esfuerzo por parte de Augusto por dejar las cosas tal como estaban y tomar las palabras de su padre como descarados destellos de un borracho. Además, no podía sentirse ofendido, pues acababa de descubrir hasta qué punto el hombre solvente escondía una fisura que sólo se manifestaba en los momentos de falta de control; pero fisura al fin y al cabo.

Cayó una hoja sobre la mesa, Lucía mató un mosquito que aterrizó en una de sus piernas, aplastándolo. Hubo bostezos, algunas cosas cambiaron de sitio, como el azucarero y la botella de licor, pero mientras la noche avanzaba, padre e hijo se enrocaban en sus posiciones. Parecían enemigos compartiendo la misma acera estrecha. Cualquiera que los conociera a fondo diría sin temor a equivocarse que las diferencias entre ambos iban mucho más allá de las meramente fisiológicas. Había un hombre flaco y de espíritu aparentemente fuerte y había un hombre fuerte y de espíritu aparentemente débil.

- Voy a buscar la tarta que Lorena dejó en la nevera. Cocina de maravilla, esta Lorena- dijo Lucía, levantándose.

- No te incomodes por lo que oigas aquí- le advirtió Augusto, descubriendo la maniobra de escape- Es el exceso de confianza, y nada más.

Lucía se volvió a sentar. Prudentemente, esperaría.

D. Augusto tomó de nuevo la palabra:

- Estoy pensando en llevar a cabo varias disposiciones. Puede que incluso venda esta casa.

Augusto se sobresaltó como si hubiera escuchado una obscenidad. Su primer impulso fue tan ruin, que se ruborizó. La sangre que corría por sus venas- sangre de su sangre- se agolpó en la cara. “Lo que faltaba”, murmuró, incrédulo.

- Aunque no me gusta hablar demasiado de dinero, sé que mucha gente estaría encantada de pagar un precio alto por vivir aquí- dijo el hombre con cuerpo de asceta.

Augusto cogió la hoja que se desprendió de una morera cercana y que ensuciaba el mantel blanco. La hoja era oscura porque estaba cubierta por una plaga de cochinilla, y además era grande y fea como un sapo. La pinchó con el tenedor e hizo el gesto de llevársela a la boca. La claridad del farol japonés arrancó un brillo demente a sus ojos. Lucía le miraba como si fuera un estudiante de química capaz de hacer volar el laboratorio de pruebas. Sin embargo, cuando parecía a punto de engullirla, dejó la hoja sobre la mesa haciendo al mismo tiempo un gesto de asco. Qué poco le conocía Lucía si pensaba que cometería la estupidez de tragarse aquel sapo.

- Si tienes algo que decirme, dílo sin tapujos - avisó, sintiendo un furioso desamparo. ¿Tienes ya un comprador para la casa?

Lucía le puso la mano sobre el muslo, invitándolo a serenarse. Augusto parpadeó un par de veces para repeler las lágrimas que la furia hizo brotar de sus ojos, y luego se sacudió un mosquito que aterrizó en su nariz.

- No te anticipes. Me han hecho una oferta, y nada más.

- Está bien. Me parece justo. Tú tomas tus decisiones y los demás no tenemos más remedio que aplaudirlas. ¿Es que nadie se ocupa aquí de los mosquitos?- dijo después, con la autoridad del amo.

- Dije que me hicieron una oferta, no que la iba a aceptar.

- Muchas gracias. Eres muy considerado. Primero das, luego amenazas con quitar, luego vuelves a dar y, mientras tanto, nada se ha movido. Todo está tal como tú lo dejaste. ¡Cuántos malabarismos para nada!

Augusto se levantó con tanto ímpetu que tiró la silla al suelo. Era un desahogo tonto, pero le ayudaba a aceptar la pesada carga de lo irremediable. Al fin y al cabo, se consideraba un hombre racional que ocasionalmente se sentía atravesado por rabiosas ráfagas instintivas. El clásico coleccionista de experiencias salpicadas de intuiciones descabelladas, o tal vez no tan descabelladas. Entre unas y otras, estaba el hombre que contemplaba y meditaba, contemplaba y meditaba. ¿Hasta cuándo?

D. Augusto rectificó su postura en la silla. Sus orejas se veían grandes y rosadas a la luz de la lámpara. Su cara estaba flácida, fatigada. Recapacitaba sobre lo que le acababa de decir su hijo. Sin embargo, su pensamiento no era fluido. Todo parecía estar velado tras una nube de polvo y cenizas. Y él necesitaba cubrirlos a todos con esta nube. Así apagaba el creciente zumbido de abejas que como un rumor sordo y violento atravesaba sus tímpanos.

- Olvida lo que te he dicho. Incluso cuando yo falte, podrás seguir comiendo esas cerezas tan buenas. Y Lorena seguirá haciendo licor de cerezas, o lo que se le ocurra. También a mamá le daba por hacer conservas, ¿lo recuerdas?- Se dirigió a su hijo con una sonrisa irónica, regada por en la desafiante extravagancia del alcohol.- Hacía principalmente cebollitas en vinagre. Había frascos de cebollas por todos los armarios de la cocina.

A nadie parecía importarle las habilidades culinarias de la difunta doña Leonor. El perfume de la menta salvaje y de la dama de noche se expresaba con tal contundencia y generosidad, que hacía más rudo el discurso de don Augusto y los invitaba a evadirse en olorosas ensoñaciones. Sin embargo, él volvía pronto a la carga:

- Yo estoy seguro de que las discusiones familiares son como las cebollitas en vinagre- continuó, locuaz- sirven para calentar el paladar, abrir el apetito y oxigenar la sangre. Y aquellas conservas no estaban mal del todo. Eran un poderoso reconstituyente, afrodisíaco, incluso.

Mientras hablaba, su rostro se cerraba en una expresión de malvada complacencia. La lámpara que pendía del techo empezó a moverse con la brisa. El vaivén de la luz ensombrecía a ratos su cara, cuarteándola con la dureza de una decrepitud opaca.

Augusto dejó de escucharle para sumergirse de lleno en los recuerdos que conservaba de su madre. Tal vez en los recuerdos había sutiles engaños de la memoria, pero también había deseos realizados y redondos como panes de los que se podía echar mano cuando el hambre apretaba.

Tendría unos siete años cuando se le ocurrió pintar un corazón en una hoja de papel con una flecha atravesada en el centro. En los extremos de la flecha había escrito el nombre de su madre y el suyo propio. Dobló la hoja con cautela y la dejó escondida entre la fruta para que ella la encontrara y se llevara una gran sorpresa. Era verano, estaban en esa misma casa en la que se sentía libre como un corzo. Se podía permitir estar todo el día pendiente de este sencillo artefacto de amor. Escuchaba pisadas y se sobresaltaba, oía voces y se paraba a escuchar. Se volvió sagaz como un detective, espiando los movimientos de la madre para sorprenderla en el momento del hallazgo. Pero al mediodía el papel seguía allí, camuflado entre las manzanas rojas que tanto le gustaban. “¿Quieres una manzana, mamá?, las manzanas son muy buenas, y tú no las comes”, le dijo, casi riñéndola, como si fuera su médico de cabecera. “Más tarde”, contestaba ella, distraída con su ir y venir al invernadero, o con la nueva camada de gatos, y él, entretanto, jugaba en el jardín, con una contención deliberada. Siguió la jornada, y todavía se estremecía de gusto al imaginar la sorpresa que se llevaría la madre al ver ese corazón herido de amor por ella. Pero pasó la tarde sin traer novedades. Cuando llegó la hora de irse a dormir se fue cabizbajo a su habitación, creyendo que su corazón seguiría toda la noche enterrado entre las manzanas. Pero entonces ocurrió un pequeño milagro: la madre, liberada de sus quehaceres, se acordó de la insistencia del hijo y sintió un apetito voraz por la fruta que tantas veces había pospuesto comerse. Al escarbar en el cesto en busca de la manzana más apetitosa encontró la hoja doblada con primor. La ingenuidad de aquel detalle íntimo la hizo sonreír. Deseó fervientemente, como todas las madres han deseado en algún momento de sus vidas, que el hijo no creciera, y con este deseo imposible entró en la habitación. Pensando que el niño dormía, se inclinó sobre sus mejillas y le dio el beso más dulce que jamás dio a nadie; después le dijo, apenas en un susurro “Yo también te quiero”, y le arropó los hombros y el cuello con las sábanas. Augusto fingía un sueño plácido, pero si sus ojos estaban cerrados no era por el sueño, sino porque no quería perderse nada. La excitación de todo el día cedió de repente, y cuando salió su madre de la habitación estiró las piernas y se dispuso a dormir como un novio correspondido.

La puerta de hierro del jardín había empezado a batir con fuerza, rompiendo ese instante de felicidad que trajeron los recuerdos. Todo el jardín parecía mudo, ausente, excepto la puerta de metal, que crispaba los nervios de Augusto con su chirriar. Chirriar ¿Avisos del ego, pellizcos del YO que se queja por no ser?

Se levantó y la cerró. La claridad de la luna amarilla, redonda y hermosa como un rosetón románico añadió nitidez y profundidad a su cara lívida, insomne. Volvió lentamente, apoyándose en cada paso y retardando la llegada hasta la pérgola para así poder pensar mejor. El reloj de cuco del salón dio doce campanadas que le recordaron los jugueteos cursis de su nodriza, la inflexión de su voz cuando jugaba con él al cucú-tras. Todo eso pertenecía al pasado, la puerta oxidada era pasado, y la fachada de la casa, con desconchones arreglados a última hora; hasta las sombras de los árboles eran un reflejo de la fatiga y del calor diurnos, es decir, del pasado. Todo lo que edificó, compró o eligió su padre estaba fuera de lugar y de tiempo.

La televisión estaba encendida en la cocina, donde Lorena se tomaba un café espolvoreado con canela. Pronto se iría en busca de otro trabajo más estable; así es que en cierto modo ella era ya pasado. Y tampoco los sentimientos respecto a su padre se actualizaban: en ellos se alternaba la fascinación y el rencor, el hastío y el despecho que se presentaba delirante, indomable, cada vez que él se ensañaba en el desprecio cobarde hacia su esposa muerta.

La suya era una indignación inútil, que le crucificaba en la cruz de un amor áspero y contradictorio. Pues a veces sentía que su alma era esa pared sobre la que su padre proyectaba con las manos sombras que

recordaban los contornos difusos de los animales: ahora un perro, ahora un conejo, más tarde un esbelto pájaro que aletea...Por desgracia, los recuerdos felices le llegaban tan vivos que le hacían pararse de forma instantánea y mirar atrás como si alguien le soplara con suavidad en la nuca. Si tuviera que elegir, se quedaría con las tardes de playa, cuando su padre sostenía con paciencia la tabla de surfing para que él se ejercitara con los pies en alto y la cabeza rozando la arena. La tabla estaba pintada con alegres tonos azules, verdes y amarillos, tenía dibujadas palmeras y también un mar hawaiano en el que su fantasía se sumergía al cerrar los ojos confiado, seguro de que su padre frenaría la caída.

La censura y la admiración se alternaban tal vez porque miraban el mundo como dos rivales que se batían en duelo tras rozarse espalda contra espalda. Por suerte, el razonamiento le salvaba de esta fluctuación desconcertante. La razón contenía la fuerza de lo demostrable, la lógica permitía – a veces- adelantarse a los acontecimientos con su eficaz ley de causa- efecto. Y la incertidumbre paría a veces una sonrosada certeza.

En medio del jardín, Augusto se paró y echó un vistazo a su alrededor. Los ruidos habían cesado y apenas se apreciaba el leve movimiento del agua de la piscina al ser acariciada por la brisa. Lo demás era silencio. Los reflejos oblicuos de la luz de las farolas que se extendían en hilera a lo largo de la valla descubrían los sueños secretos de las plantas, su respiración nocturna era un desahogo de aromas.

Las flores del jazmín despertaban a esa hora una profunda desazón en su espíritu: era la intensidad de aquel perfume, de la dulzura disipándose en el aire, inasible, lo que le fatigaba.